

El pueblo Viraró es único. Se extiende ocho o diez cuadras a lo largo de la carretera, pero solo sobre una mano del camino. Tiene comisaría, escuela, tres boliches y una estación de nafta. Una carnicería es también parte de la fachada visible del pueblo. En las calles transversales, expandidas en dos o tres manzanas hacia el sur y en las dos paralelas a la carretera, hay algunas casas, chacras y plantíos de boniatos, choclos y zapallos. Y nada más.

Del lado de enfrente de la carretera se extienden lejanas hectáreas de la estancia del hacendado rico del departamento.

Alguna que otra oveja, tres o cuatro chanchos y los pobres, de un lado. Las vacas y los ricos del otro, como ocurre en tantas partes.

La vida transcurre en cámara lenta en Viraró. Cada vez hay menos chiquilines y menos viejos. Muchos no nacen, los jóvenes se van y el resto se va muriendo, pero de a poco, sin apuro, como aburridos de ir durante años a los boliches casi sin plata para hacer gasto. Darle un poco a la lengua, jugar al truco, esperar la fecha de cobro de la jubilación; una cañita de mañana y otra de tarde y a dormir, hasta el otro día que será igual al anterior y al del año pasado.

La vida pasaba de largo por Viraró. Pero la muerte no.

Hacia la década de los cuarenta alguien empezó a plantear la necesidad de que Viraró tuviera su propio cementerio. Cada vez que moría un vecino había que llevarlo a enterrar a San Colombán o a pueblo Martínez. Los más pobres ni siquiera podían ponerle flores a sus muertos para las fechas, salvo, claro, los 2

Agradecemos a Leonardo Rossiello Ramírez la donación de este texto inédito de Mercedes, compuesto probablemente hacia la década del '80.

ganas de llorar con él. Una vieja intentó conformarlo diciéndole que había vivido la única parte linda de la vida; que todo lo que lo esperaba después, no valía la pena. Pero se calló a tiempo. Era una verdad que no había que descubrirle a nadie.

La llegada del nieto del Sordo Carrara trajo un entierro muy llorado. La madre parecía una muerta que de golpe pegaba alaridos. Siguió viniendo todas las semanas más calmada, la pobre. Pero para el gurí la muerte no fue otra cosa que un gran jardín donde corretear, jugar a las escondidas; eso sí, siempre solo, pero rodeado de muchos abuelos y abuelas que lo mimaban. A veces pegaba un salto y alcanzaba la copa de los cipreses y allí se hamacaba y se reía como si fuera un angelito paseadero. Los abuelos le gritaban: “Bajá de ahí gurí de porquería que te vas a...” ¿A qué? ¿Qué le podía pasar que ya no le hubiera pasado? Lo miraban embobados allá arriba, tan lindo, hamacándose y riéndose, y ellos también se reían.

El entierro de Clorinda, la mujer de Silva, quebrantó la paz que hasta Marquitos había conseguido. Cuando los mayores la rodearon para explicarle que ahora podía descansar en paz y que era bienvenida, les gritó que se mandaran mudar, que la dejaran sola y llorar. La madre que allí estaba la apretó contra su pecho y Clorinda entre sollozos desgarradores decía:

—Me estaba muriendo de cáncer, sufriendo dolores de perro, y el desgraciado me dejaba sola días y días porque andaba con esa yegua. ¡Ay mama, cuánto sufrí! Ni ahora muerta me parece que voy a dejar de odiarlo.

—Son cosas de la vida m’hija.

—¿Qué cosas de la vida ni cosas de la vida, mama! ¿No veía que ya me moría? ¿No podía aguantarse las ganas de andar con esa loca?

—No sé m’hija. Acá no hay tiempo, lo que se dice tiempo. Pero vas a ver cómo poco a poco te va ganando una calma para ver las cosas, para recordarlas, verás que el dolor se te va a ir apaciguando. Y además yo pienso que la Muñeca Velázquez no es como vos decís. Fue la fatalidad, tu enfermedad tan larga... No es que yo disculpe al Washington.

Cuando Clorinda se acostumbró a estar muerta y sin dolores —solo el rencor contra los adúlteros le hacía rechinar los dientes— volvió a perderse la paz en el cementerio. Una tarde los abuelos asomados por encima del muro, mirando hacia el pueblo, adivinaron que había pasado algo terrible. Vieron el coche policial de San Colombán, al cura, a la catequista y al padre de los Velázquez que lloraba sin consuelo.

A los dos días, después de la autopsia, vinieron a enterrar a la Muñeca. La catequista había armado un escándalo en Viraró porque según ella había leído en una novela que a los suicidas no se los enterraba adentro del cementerio porque era campo santo, tierra

bendita. El cura le dijo que se dejara de embromar, que la Iglesia había cambiado y que ya bastante sufrimiento tenían los padres con esa muchachita de veinte años muerta y embarazada. La madre de Muñeca tuvo una idea que a nadie le pareció bien. Hasta las tías trataron de evitarlo. Pero la madre insistió y le puso en la cabeza sujetando el pelo enredado la corona de rositas organdí que llevó el día de la Primera Comunión. Así tocada llegó al cementerio. La abuelita de ella, que era una de las viejas más alegres de esa comunidad, lloraba como una nena. Clorinda al ver a la recién llegada le gritó:

—Putá, tuviste el fin que te merecías.

La Muñeca, más linda que nunca, con huellas de sufrimiento reciente, se levantó, se sacó la coronita y la tiró atrás de una tumba.

—Perdoname, por favor, Clorinda, no pude ser buena como vos. Te juro, no pude. Lo quise como vos lo quisiste. Tenés que entenderme, vos más que nadie. Tenés que perdonarme porque vamos a estar juntas aquí quién sabe hasta cuándo. Vos viste que estaba tan arrepentida que me tiré al aljibe. ¿Qué más querés que haga?

Allí tiempo no había, pero tal vez Clorinda empezaba a sentir lo que su madre le había anunciado. Comprendió las cosas mejor y de otro modo. Sintió que entre ella y Muñeca no habían diferencias de mala y de buena. Que habían amado al mismo hombre y que por amarlo a las dos se les había envenenado la vida. No era justo que ahora también se les envenenara la muerte. Dejó pasar los días y una tarde le dijo:

—Vení Muñeca. Vamos a mirar el pueblo como si fuéramos dos hermanas.

Y allá entre el maizal lo vieron, flaco, triste, como si hubiera envejecido veinte años de golpe.

—Pobre —dijo Muñeca.

—Pobrecito —dijo Clorinda—. Dios lo ayude.

Todos los atardeceres iban al muro con los otros muertos a mirar hacia Viraró, cuando una gran paz parecía llegar junto con las sombras de la noche.

A la catequista le dio una hemiplejía y se la llevaron unos parientes a San Colombán. Cada vez que el cura iba a visitarla ella le decía con una voz que le salía de las fosas nasales:

—Padre, Dios es bueno solo con las putas.

El actual Departamento de Investigaciones y Archivo Literario de la Biblioteca Nacional creado en 1965, asumió las funciones que desde 1948 había realizado el I.N.I.A.L. (Instituto Nacional de Investigaciones y Archivo Literario) dirigido desde su fundación por el Profesor Roberto Ibáñez. Junto a él trabajó Mercedes estudiando las cartas, hasta ese entonces inéditas, de Horacio Quiroga. Reproducimos aquí algunos fragmentos del prólogo que realizó al segundo tomo de esas cartas ordenadas y anotadas por el Profesor Ibáñez.

Las fotos de este artículo pertenecen a la colección *Horacio Quiroga* del Archivo Literario de la Biblioteca Nacional.

Tomado de: *Cartas inéditas de Horacio Quiroga*. Tomo II. Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios. Montevideo, 1959.

Con el propósito de dar a conocer la totalidad de la correspondencia de Horacio Quiroga custodiada en el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, publicamos esta nueva serie en un segundo tomo. Si es superflua la consideración de la importancia que todo epistolario tiene para iluminar más íntimamente al hombre que suele quedar en la penumbra de la obra, esta circunstancia debe, sin embargo, ser objeto de una breve meditación cuando el hombre y la obra que nos ocupan son Quiroga y sus cuentos.

Efectivamente, las cartas del narrador salteño forman el más considerable conjunto epistolar de cuantos se conservan en el Instituto. Ofrece notable variedad puesto que son múltiples los destinatarios, cada uno de los cuales está vinculado a Horacio Quiroga por distintos lazos de afecto o de interés. Las fechas que marcan el comienzo y el fin de esta vasta correspondencia abarcan un dilatado período, que va desde la época juvenil hasta poco antes de la muerte del autor. Y finalmente en el caso de Quiroga, el interés se acrecienta porque el artista fue poco dado a hablar de sí, en la obra o en otros testimonios que pudieran mostrar el clima de su intimidad.

Desde otro punto de vista, las cartas son el mejor y, hasta ahora, único complemento de la ineludible biografía de Horacio Quiroga escrita por José Ma. Delgado y Alberto Brignole,¹ quienes, es obvio decirlo, si dispusieron del insustituible material que es la convivencia entrañable con el modelo de la biografía, no tuvieron acceso a la totalidad de las piezas epistolares que el Instituto Nacional de Investigaciones